

mera vez en Santa Elena el rostro que, desde cinco años atrás, hubiera debido ver cada día. Por lo tanto, es lícito preguntar qué papel hizo Francia desempeñar á su agente durante tanto tiempo y qué secreto propósito animaba al gobierno de Luis XVIII para mantener en Santa Elena un comisario que lo mismo hubiera podido estar en cualquier otro punto del globo. Muy rara fué, pues, la comisión del marqués de Montchenu, y no menos extraño resulta que el duque de Richelieu no creyera conveniente llamar al comisario al enterarse del fracaso de sus primeras diligencias. La vigilancia del gobierno inglés sobre Napoleón era demasiado activa y celosa para intervenir; y, por otra parte, si el Emperador hubiera intentado evadirse, no se lo impidiera de seguro la presencia de los tres comisarios.

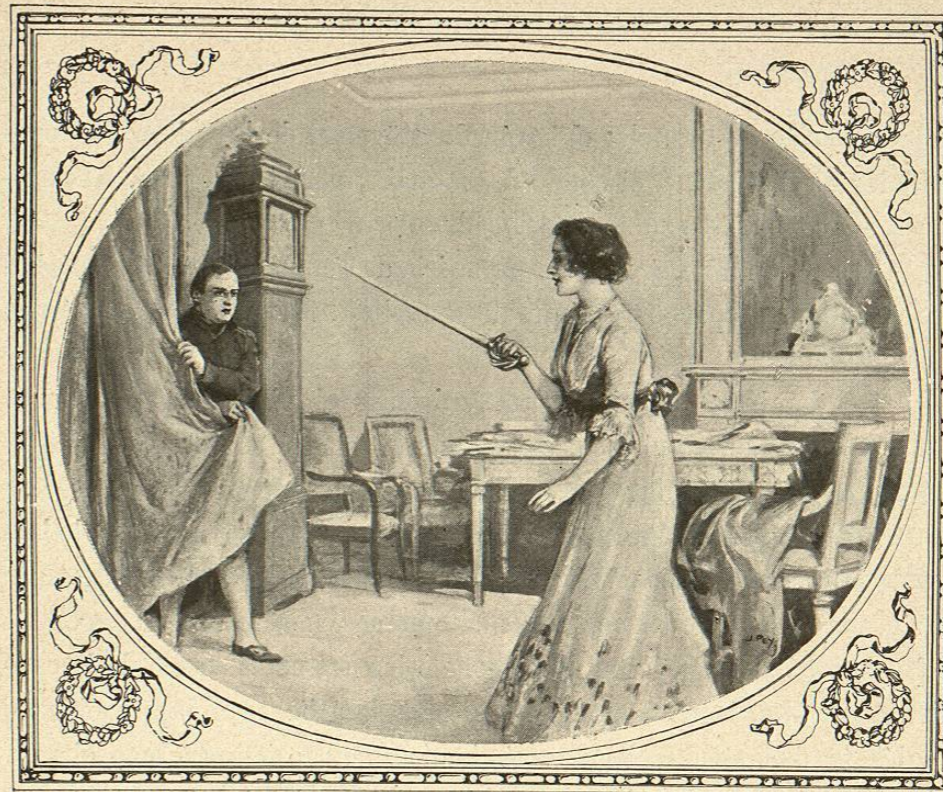
Austria y Rusia comprendieron que era inútil prolongar una situación, no sólo odiosa para sus agentes, sino agravada á cada paso por la mala voluntad de Hudson Lowe, y así acabaron por retirar de la isla sus comisarios.

La comisión del marqués de Montchenu terminaba, por razón natural, una vez fallecido el Emperador. Además, lo quebrantado de su salud á consecuencia del largo destierro bajo un cielo inclemente, le avivaba el deseo de restituirse cuanto antes al seno de su familia, y el 28 de Julio de 1821 embarcó con rumbo á Francia en el vapor que conducía á Europa á los fieles servidores de Napoleón.

\*  
\* \*  
\*

A continuación de la correspondencia del marqués de Montchenu, están los informes dirigidos á Thiers, en 1840, por el conde de Rohan-Chabot, quien acompañó al príncipe de Joinville, en calidad de comisario regio, cuando se trasladaron á Francia los restos del Emperador. Estos informes inéditos de un testigo ocular, contienen preciosos pormenores sobre las circunstancias que rodearon la exhumación de los restos de Napoleón, y, por lo tanto, creo que interesará al lector el último capítulo, como natural complemento de los precedentes.

J. F.-D.



## CAPÍTULO PRIMERO

Embarque de los comisarios en el *Newcastle*.—Primera carta del marqués de Montchenu á la vista de Tenerife.—Llegada á Santa Elena.—Primera impresión de desaliento.—Descripción de la isla.—Régimen de vida del Emperador.—Se niega á recibir en Longwood á los comisarios.—No se reconoce prisionero de los ingleses.—Severas medidas que toma Hudson Lowe para prevenir toda tentativa de evasión.—Bonaparte y la joven Betzy Balcomb.—Relaciones del Emperador con Miss Robertson.—La residencia de Longwood.—Conversación con el almirante Malcolm.—El Emperador dice que no quiere recibir á los comisarios.—El marqués de Montchenu se queja de la carestía de las subsistencias.

A fines de 1815 firmaron los soberanos de Francia, Austria y Rusia, el nombramiento de los respectivos comisarios, que, con arreglo al Tratado del 2 de Agosto de aquel mismo año, les habían de informar de todo cuanto se relacionase con la estancia del Emperador en Santa Elena. Sin embargo, el retraso en el alistamiento del *Newcastle*, buque puesto á su disposición por el gobierno inglés, no les permitió embarcar hasta el 21 de Abril de 1816, en que dicha nave zarpó de la rada de Spithead. Formaban la comisión el marqués de Montchenu,

representante de Francia; el barón de Stürmer, designado por el emperador de Austria, y el conde de Balmain, por el de Rusia. Al marqués le acompañaba su secretario, el señor de Gors.

El 1.º de Mayo, á la vista de la isla de Tenerife, dirigió Montche-nu el primer despacho al duque de Richelieu, redactado en los términos siguientes:

«El domingo que viene proseguiremos el viaje á Santa Elena. La nieve, que cubre el pico, contrasta vivamente con el calor de más de 23° R. que sentimos.

»Parece que el almirante se propone tomar nuevo rumbo, á lo largo de la costa de Guinea. Si el tiempo nos favorece, será el viaje más corto, pero por el contrario, si, como tememos, nos encontramos con las calmas... El almirante me ha enseñado las dos actas acerca de la cautividad de Napoleón Bonaparte. Con arreglo á la segunda, el gobierno inglés trasladará al prisionero á dondequiera lo tenga á bien el rey. Si, contra toda presunción, se efectuase el traslado antes de que yo reciba instrucciones, me honro en advertir que estoy resuelto á no separarme del prisionero mientras él viva.»

18 Junio 1816. — «Ayer llegamos á la rada de Santa Elena, aunque demasiado tarde para desembarcar, pues la resaca es constantemente violenta en esta rada y dificulta el desembarco.

»Esta mañana hemos desembarcado juntos del *Newcastle*, y desde la playa, nos hemos dirigido á casa del almirante Cockburn, en donde estaba el gobernador sir Hudson Lowe. Se nos han tributado honores con una salva de trece cañonazos, al desembarcar, y otra de otros tantos al entrar en la ciudad.

»Como el almirante está firmemente resuelto á partir mañana por la mañana, nos ha sido imposible ver á Bonaparte, que reside en Longwood, á cinco millas de aquí. En cuanto se supo en la isla que nuestro buque estaba á la vista (el 16, desde 64 millas de distancia) (1), dió Bonaparte un almuerzo de despedida á los oficiales del *Northumberland*, con quienes estuvo muy cariñoso. Por lo demás, su salud es

(1) «Desde la costa se divisan frecuentemente, á veinticuatro leguas de distancia, los buques que se acercan á Santa Elena y no se les deja de ver hasta que llegan á la orilla.» (Walter Scott: *Vida de Napoleón Bonaparte*, t. XVII.)

buena. Vamos todos á comer hoy en casa del gobernador, que vive unas cuatro millas hacia el lado opuesto á Longwood. Allí nos pondremos de acuerdo sobre la visita, de la que tendré el honor de enviaros atestado á últimos de semana, por un buque de la Compañía, que ha de zarpar. Mandaré cuantos pormenores pueda procurarme.»

28 Junio 1816. — «Aprovecho la salida del brique de S. M. B., *Hécate*, que, procedente de los mares de China, zarpará mañana con rumbo á Europa, después de un crucero de cuatro años, para enviaros un bosquejo de nuestra hermosa, buena y sobre todo agradable Santa Elena. Empezaré por el gobernador, Sir Hudson Lowe, que habita en *Plantation-House*, á cinco millas largas de la ciudad.

»Hasta ahora se ha portado muy bien con nosotros y particularmente conmigo. Es hombre franco, leal, muy suspicaz; pero, por fortuna, no se parece al retrato que de él me habían pintado en París y Londres. Me ha enseñado con la mayor llaneza las ordenanzas y reglamentos de gobierno, y os aseguro que tanto podéis confiar en él como en mí, mientras no le dé su gobierno órdenes contrarias. Por supuesto, está mal con su prisionero, como también lo estaba con el almirante Cockburn, que se ha marchado sin despedirse de él.

»Aunque hace ya diez días que desembarqué, no esperéis, por esta vez, pormenores muy interesantes; pues como desconozco el idioma de la isla, sólo recojo las noticias de boca del gobernador y de algunos oficiales que saben francés, y se creen obligados á miramientos conmigo por mi empleo de general, de lo que me aprovecharé en toda ocasión.

»Todo cuanto de Santa Elena había yo leído antes de mi llegada, resulta imperfecto ante la realidad, como si no fuese posible escribir sin embellecer el asunto de que se escribe. Esta isla es el paraje más solitario, más inaccesible, más agreste y más carestil del mundo. Su aspecto es temeroso, y os confieso que, cuando el 17 por la mañana, me despertaron en el camarote para decirme que llegábamos á Santa Elena, desfalleció mi corazón al verla, aunque durante la travesía alentaba el ánimo de mis compañeros. Quisiera que los escenógrafos de la Opera vinieran á tomar una vista exacta de Santa Elena, cuando hubiesen de pintar una decoración del Averno. Un cinturón de ro-

cas calcinadas, sin vegetación alguna, hasta de dos mil metros de altura, rodea enteramente la isla, sólo accesible en un solo punto y con un solo viento, que es preciso tomar, porque las corrientes son tan violentas que se estrellaría irremisiblemente el buque. A las siete de la mañana estábamos á unas doce millas de la isla, y hasta las cuatro de la tarde no pudimos echar el ancla. Los peñascos, que se adelantan hacia el mar en torno del puerto, forman una gran V, cuyo extremo es el único punto accesible á los botes, que dejan al pasajero en una escalerilla tallada en la roca viva. No está el desembarco libre de peligros, y es preciso aprovechar el momento en que la ola viene para saltar á tierra, ya que se retira en seguida con tanto empuje que ni los marineros lo resisten. Para desembarcar las mujeres y los equipajes hay una grúa, aunque no por ello dejan de caer algunos bultos al mar, que es muy profundo en aquel paraje.

»Está la costa erizada de baterías, por la mayor parte inútiles, á causa de su altura. Se han aprovechado todas las concavidades naturales para instalar las baterías más potentes, como las cuatro que protegen la entrada del puerto. Además, hay unas sesenta piezas de artillería montadas á ras del agua, por el único camino que conduce desde el desembarcadero á la entrada de la ciudad. Es una especie de camino cubierto con revestimiento de piedras, de aspecto agradable y dominado por el palacio del gobernador, en cuya azotea, de cerca de cien toesas de largo por cuatro ó cinco de ancho, hay todavía algunos cañones. Se entra en la ciudad por una puerta muy sombría, que da acceso á la plaza de armas, de donde se divisa todo el caserío agrupado en una sola calle en cuesta, pero de agradable aspecto.

»Conviene advertir que desde la puerta siempre se va cuesta arriba, sea cual sea el punto de la isla á donde se quiera ir. Casi al extremo de la ciudad hay una casa en forma de anfiteatro, que parece como si obstruyera la calle y deja dos pasos; de los cuales, el de la derecha, por un muy hermoso camino abierto en la roca, conduce al fuerte principal y de allí al palacio del gobernador. Por aquel lado, hay algunos otros edificios, y, entre ellos, un excelente cuartel. Detrás de la casa que obstruye el camino se abre una profunda garganta, por cuyo fondo corre un arroyuelo alimentado por las dos cascadas cuya descripción habéis leído, pero que, en realidad, no lleva más de tres pulgadas

cúbicas de agua. A la derecha está el camino que, después de una cuesta de cuatro millas, desemboca en la única llanura de la isla, llamada *Longwood*, de unas dos millas de extensión. Allí reside Bonaparte, en la casa del subgobernador, con añadidura de un ala de edificio y otra que está en construcción, para alojamiento del séquito. Por ahora, el general Bertrand y su esposa viven en una cabaña sita á más de una milla de aquí.

»En el paso del puerto á la ciudad se interpone la famosa casa de madera, de que tanto se ha hablado y que se enseñaba en Londres, con todos sus muebles (1). El maderamen está desbastado sin labrar.

»El llano de Longwood está orillado de gargantas, que aquí llaman valles. Las rocas, cortadas á pico, tienen por lo menos 1.200 pies de altura, y las ocupa estratégicamente el regimiento 53 de línea, con más un parque de artillería. El llano está dividido en dos recintos: el primero, de media milla de perímetro, está guarnecido por piquetes de tropa, tan cercanos que apenas hay veinticinco pasos de uno á otro centinela. Por este recinto, puede Bonaparte pasearse solo. En el segundo, donde las precauciones son más exquisitas, sólo puede permanecer en compañía de un oficial inglés designado por el mismo gobernador. Este me ha corroborado lo que habíamos oído decir en Europa, esto es, que Bonaparte, no teniéndose por prisionero, rogó al teniente coronel Vignat, encargado de acompañarle, que vistiera de paisano y no se quedara junto á él. Por complacerle, accedió Vignat á lo que le pedía Bonaparte; pero como éste tiene unos veinte caballos y va mejor montado, pronto dejó muy atrás al oficial hasta perderle de vista. Desde entonces le notificó el gobernador que el oficial había de ir de uniforme á su lado, y para librarse de esta exigencia, no ha vuelto á salir de su morada. Por lo demás, sólo hay un camino para el acceso al llano y las rocas circundantes son tan escarpadas que ni las cabras se atreverían á trepar. A la puesta de sol, la guardia del primer recinto rodea el edificio de Longwood.

»Prestan servicio en la residencia, los oficiales y la servidumbre, lo mismo que en las Tullerías y casi siempre con iguales honores. A sus expensas viven cincuenta y dos personas.

(1) Esta casa de madera, llamada en Londres *la casa paraguas*, se construyó en Inglaterra y fué transportada con sus muebles á Santa Elena en Mayo de 1816.